



ANTONI DALMASES

Yo,
EL
DES-
CONO-
CIDO



GRAN
ANGULAR

Yo, el desconocido

ANTONI DALMASES





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: septiembre de 2007

Séptima edición: mayo de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Alejandra González

Coordinación gráfica: Lara Peces

Cubierta: Julián Muñoz

Título original: *Jo, el desconegut*

© del texto: Antoni Dalmaes, 2005

© Ediciones SM, 2007, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-668-1

Depósito legal: M-8776-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A la memoria de Joan y de Bartomeu,
que hicieron posible el futuro.*

El amor es lo primero que enseña al hombre a creer en un mundo objetivo más allá de sí mismo.

KARL MARX

A pesar de la multitud que nos comprimía, yo no me sentía nada seguro.

–Es imposible pasar por ningún lado, Olga. ¿Adónde me llevas ahora?

Lo preguntaba porque no era nada fácil avanzar unos metros por la calle Valencia y porque conocía mi mala suerte. Sí, podía parecer más que improbable que, en medio de aquella aglomeración que no nos dejaba mover ni un pie y que chillaba agitando pancartas y banderas sin tregua, me fuera a encontrar con los de casa. Pero cosas más extrañas me han ocurrido. Y sé muy bien que si algo que no debe pasar puede pasar, a mí me pasará.

La demostración de esta teoría que algunos creerán pesimista es que, a pesar de la gran manifestación y de la protesta mundial, la guerra se produjo.

Sin embargo, aquel sábado quince de febrero tuve bastante suerte. Arrastrados por la riada humana hasta el paseo de Gracia –¡en mi vida había visto junta tanta gente!– se nos hizo de noche, estrujados y avanzando a paso de tortuga. Pero, afortunadamente, sin cruzarnos con nadie conocido.

Suspiré aliviado cuando Olga, viendo que se hacía tarde y que no teníamos ninguna posibilidad de llegar hasta el final de la manifestación para oír la lectura de la proclama contra la guerra, dijo que más valía que nos desviáramos hacia la estación para tomar el tren.

Se la veía contenta cuando volvíamos, rodeados de gente que venía del mismo sitio que nosotros, comentando el éxito de la convocatoria con un optimismo que yo no compartía. De hecho, yo nunca he compartido ningún optimismo...

Si estaba en aquel tren y venía de donde venía, era por Olga, claro. Ella me había llevado allí.

Yo no quería ni pensar qué pasaría si mis padres llegaban a saber que había abandonado a mis amigos para gastar toda una larga tarde de sábado asistiendo a una de aquellas manifestaciones que ellos no se perdían por nada del mundo. Habíamos discutido tantas veces por culpa de mi «pasotismo» –según mi madre– e «inconsciencia» –según mi padre– que aquello hubiera sido admitir que tenían razón.

Cuando me lo propuso –«Vendrás, ¿no, Arnau?»–, yo me lo tomé como una broma. Y nunca creí que aceptaría la condición que se me ocurrió plantear. Pero, sorprendentemente, al decirle que solo la acompañaría si íbamos ella y yo, sin nadie más, hizo una mueca extraña y contestó que sí. Yo pensaba que ya tenía planes para ir con su grupito de *kumbayas* de siempre, y el hecho de que accediera a mi propuesta me llenó de orgullo y de esperanza. Y a su peña de incondicionales debió de caerles como un tiro que los plantara. ¡Hacía meses que la perseguía y no encontraba la manera de conseguir que se despegara de sus inseparables Alicia, Oriol y el resto del rebaño de *hippies*!

Mi trabajo me costó también lograr que David, Eduardo y Carlos entendieran que aquel sábado no me verían por la Zona.

–He quedado con Olga... –fue todo lo que me atreví a explicarles.

Parece que las familias de mis amigos no son tan «reivindicativas» como la mía –¡no saben lo que se ahorran!–, y puede que ni siquiera supieran que había una *macromegamani* aquella tarde. El caso es que, al enterarse, se limitaron a hacer la bromita que ya me esperaba y yo les seguí la corriente para ahorrarme detalles que dieran pie a más cachondeo.

Recordaba estas cosas en el tren que nos llevaba a casa, rodeado de los eufóricos de las banderas que se sonreían unos a otros como si fueran cómplices de vete a saber qué heroicidad.

Y miraba a Olga, que también sonreía.

Hacía un rato que no hablábamos, y yo empezaba a maquinara cómo podría montármelo para quedar al día siguiente. Ya que ella era tan previsora, pensaba que la excusa de estudiar Filosofía para el examen del martes sería una maniobra perfecta. La idea de encerrarme un domingo a estudiar era *heavy*, pero no pensaba que se tratase de estar todo el rato con las narices pegadas a los libros. Sí, se lo diría tan pronto como bajásemos del tren, antes de subirnos en la moto para acompañarla a su casa.

–¿Qué vas a hacer mañana por la tarde, Arnau?

La pregunta me dejó fuera de combate. ¿Aquella chica era adivina o qué?

–No sé... –y despertando de mi aturdimiento inicial pregunté animado–: ¿Tienes alguna propuesta interesante?

–Sí. Te lo decía por si quieres acompañarme a hacer un pequeño trabajo...

–Quieres estudiar Filosofía para el martes, ¿no?

Por un momento, creí que volvía a tenerla en mi terreno. Pero no.

–Sí, pero... Bueno, quiero decir después, a media tarde, hacia las seis. Es que tengo que cumplir un encargo para la Asociación, ¿sabes? Y he pensado que quizá te gustaría saber qué hacemos, conocer el servicio...

¿De qué me estaba hablando? Debí de poner cara de sorpresa, porque en seguida me clavó una especie de mitin sobre un grupo estrafalario de jóvenes que, un par de veces por semana, se dedicaban a visitar abuelitos que vivían solos.

–... los ayudamos a ordenar su casa, vemos si tienen todo lo necesario... Pero, sobre todo, de lo que se trata es de acompañarlos, de darles conversación para que no se sientan solos y, si hace falta, de hacer algunos encargos que a ellos les cueste llevar a cabo: salir a comprarles algo, asistirles en alguna gestión complicada, pasear con ellos un ratito... Es bastante distraído e interesante.

¡Esa sí que era buena! ¡Se trataba de hacer de «canguro» de abuelitos! No pude evitar una mueca y un balbuceo de perplejidad.

–Pero... pero... ¿y la Filosofía?

Como intento de disimular lo que en realidad pensaba, aquello resultó un fracaso. Decidí hablar claro:

–Olga, ¡que mañana es domingo!

–¡Venga, hombre! Hay tiempo para todo... Además, me he comprometido a ir y... me gustaría mucho que me acompañaras. Puede que hasta te guste colaborar con nosotros...

¡Horror de los horrores! ¿Qué podía responderle? Nada que no diera al traste con la tarde reivindicativa que acabábamos de pasar. Pero no parecía que ella tuviera conciencia alguna de estarme destrozando la moral, porque seguía con su discurso:

–Piensa que la Asociación de Servicio a la Tercera Edad no pide mucho: un par de horas, dos o tres a la semana, las que puedas, el tiempo que tú dispongas. Y créeme, ¡no te imaginas hasta qué punto compensa ese poco tiempo!

Atrapado. Me sentía atrapado e idiota. ¿Quién me mandaba a mí encapricharme precisamente de aquella *hippie* mitinera?

Mientras ella, charlando sin parar, me cantaba las excelencias de la labor social, yo la miraba y pensaba que era preciosa –«lástima de ojazos que se fijan en lo que no se deben fijar»–, que tenía una piel dulce y un cuerpo que no se merecía el trato que le estaba dando. Y también me maldecía a mí mismo al pensar que David, Carlos y Eduardo debían de estar causando estragos con las chava-las de la Zona, y en cuántas de ellas darían lo que no tienen por pasar un buen rato conmigo. Pero estaba atrapado por aquella especie de misionera espectacular que me había hipnotizado desde el curso anterior, y notaba que mi cabeza se movía arriba y abajo, diciendo que sí como un robot a todo lo que ella decía, sin ni siquiera oírla.

–¡Qué bien! ¡No sabes lo contenta que estoy, Arnau!

El beso de alegría que acababa de plantarme en la mejilla me despertó del estado catatónico: ¡había interpretado mi silencio aquiescente como una aceptación!

¡Ahora sí que estaba atrapado!

Miré las pegatinas contra la guerra que Olga me había pegado en la cazadora durante la manifestación, porque era una manera de bajar la cabeza sin que se notara demasiado mi desesperación. Después de suspirar un par de veces para recuperar la calma, si era posible que aún conservara algo de calma en algún rincón de mi cerebro, me atreví a articular una pregunta:

–¿A qué hora quieres que nos veamos?

Y entonces, quizá consciente del esfuerzo que yo estaba haciendo por ella –tal vez no fuera por ella, no; puede que tan solo me hubiera vuelto estúpido y perdido la razón definitivamente–, puso sus manos sobre mis mejillas, me miró un instante a los ojos en silencio, sonrió y me acabó de desarmar.

–¡Eres un tío fabuloso, Arnau!

Tocado y hundido. En aquellos momentos, viéndola dirigirse al portal de su casa, tuve el pleno convencimiento de que aquella chica me dominaba sin que yo pudiera resistirme.

Lo que aún no sabía era hasta qué punto llegarían a cambiar las cosas a partir de aquel sábado de febrero, el de la manifestación contra la guerra.

Cuando todavía no nos habíamos bajado de la moto, Olga señaló un balcón del segundo piso.

—Allí es.

Habíamos ido a parar al extrarradio. Yo miraba la plaza polvorienta rodeada de unos palotes raquíuticos que los optimistas llaman árboles, alrededor de los cuales, unas criaturas gritaban jugando a perseguirse en bicicleta. Un poco más allá, cuatro abuelos estaban sentados en un banco, charlando. Pensé que aquellos ya se daban palique entre ellos y no necesitaban de ninguna Asociación de Buenos Corazones para entretenerse. Como tenía que ser.

—¿Vamos?

Subimos por una escalera oscura y estrecha, de escalones irregulares. Notaba una mezcla de olores repugnantes difíciles de identificar, que me esforzaba en ignorar.

—No le iría mal una pintadita a esta escalera, ¿verdad, Arnau?

Una ola de sudor inundó mi frente al imaginarme al día siguiente con una brocha en la mano. Conociendo cómo las gastaba Olga, siempre a punto para intervenir en todas las causas perdidas... Pero solamente musité, evasivo:

—Y alguna bombilla...

Cuando la mujer, minúscula, seca y arrugada, abrió, pensé de inmediato que la mano de pintura la necesitaba más ella que las paredes. Y que la bombilla sería también muy útil en el recibidor-comedor-sala de estar de aquella guarida reducida y tétrica, que algún inconsciente consideraba un piso.

—¡Este es Arnau, Victoria! —chillaba Olga, que no me había advertido que la abuela era sorda como una campana—. ¡Ha venido a echarnos una mano!

La vieja quiso sonreírme y mostró una boca lamentable. Yo sudaba cada vez más, aterrorizado por la idea de que se le ocurriera saludarme con un beso, tal como se había puesto de moda, pero

aquel debió de ser mi instante diario de buena suerte, porque se limitó a estrecharme la mano.

Me enseñaron el piso en un instante, porque era tan escaso como mi capacidad de reacción.

Olga abrió de par en par el balconcillo y la única ventana del único dormitorio que había. Y a pesar del fresco que venía de la calle, donde ya oscurecía, hizo bien, porque así evitó que el insoportable olor a rancio que lo impregnaba todo me tumbara de espaldas. La vieja tuvo un escalofrío –puede que como protesta por no estar acostumbrada al oxígeno– y cruzó los brazos, protegiéndose bajo un chal de punto color violeta gastado, penoso, que le cubría los hombros.

Al desviar los ojos hacia lo que debía de ser la cocina, vi una montaña de cacharros y platos en equilibrio precario dentro del fregadero.

Y después me fijé en los carteles.

Había carteles por todas partes. «Luz», decía al lado de un interruptor que debieron de instalar los primeros pobladores trogloditas de la región. «Váter», se leía en otro que anunciaba lugares a buen seguro terroríficos. Luego descubrí otro en la cocina, casi del tamaño de una de las pancartas que había visto en la manifestación del día anterior. Decía «CERRAR GAS», y en cada una de las cuatro paredes del cuchitril se repetía «Grifo», «Grifo», «Grifo», «Grifo», de manera obsesiva. Reconocí la letra de Olga.

Y como si no tuviéramos otra cosa que hacer, empezó la tarde de visita.

Nos sentamos alrededor de una mesa camilla que ocupaba casi la mitad de lo que debían de considerar el comedor, y ellas dos se pusieron a conversar a gritos, como las malas actrices de las series de televisión, comentando qué había comido la mujer, qué cenaría, si tenía arroz o si le faltaba pan y cuándo se tenían que recoger unos medicamentos que estaban encargados en la farmacia.

Mientras, yo me entretenía observando la vitrina que había en un rincón, repleta de muñequitos ridículos, copas y vasos desaparejados y fotografías amarillentas que apenas se podían distinguir, torcidas y superpuestas dentro de historiados marcos.

Sobre un mueble ínfimo, había una radio de plástico blanco cubierta con un tapete de ganchillo. La música más moderna que debía de haber emitido serían los valsés.

También me fijé en la pareja que presidía la pared dentro de un enorme marco ovalado. Eran un hombre y una mujer fotografiados en blanco y negro, sobre un fondo difuminado. Él fruncía el ceño y levantaba la mirada con un gesto altivo de seriedad forzada, al lado de una mujer sonriente de ojos tristes, en quien creí reconocer el rostro lejano de la vieja Victoria, que ahora charlaba con Olga, tan animada como consumida y arrugada por los años.

Bajo la foto de la pareja, un cartel equívoco decía «Estufa», quizá con la finalidad de indicar la existencia de un radiador eléctrico, más bien decorativo, porque el frío se notaba a pesar de que habíamos cerrado las ventanas hacía un rato.

Y llegó el momento temido: cuando Olga decidió que ya estaba bien de cháchara y que había llegado la hora de trabajar.

Se trataba de recoger la ropa tendida en el balcón, de limpiar la montaña de trastos de la cocina, de barrer un poco todo el piso y preparar la tortilla francesa que ellas dos habían acordado que cenaría Victoria, después de revisar la pequeña nevera –que resultó estar casi vacía, porque solamente guardaba las pocas cosas que la mujer podía masticar con aquella boca casi deshabitada– que tenía: una cantidad exagerada de quesitos triangulares, cuatro yogures, unos cuantos huevos y un cartón de leche.

Los cacharros los fregué yo. Y los fregaba con furia, mientras maldecía mi suerte. No podía dejar de pensar en lo bien que se lo debían de estar pasando Carlos, Eduardo y David en aquellos momentos, en cómo se reirían si supieran lo que estaba haciendo yo allí y, sobre todo, en el más que probable infarto que sufriría mi madre si me viera disfrazado con un delantal floreado y un estropajo en las manos, fregando platos y ollas, después de pasarse años acusándome de ser incapaz de mover ni un dedo en casa.

Mientras Olga recogía la ropa y barría el resto del piso –en la cocina apenas cabía yo–, la vieja estaba tranquilamente sentada en una silla, explicando historias de su juventud que ella iba siguiendo con preguntas y exclamaciones del tipo «¿ah, sí?» y «¡ya ves tú!», y que servían para dar cuerda a los recuerdos prehistóricos de la abuela.

–Parece la reina de las coles, ella aquí, repanchigada...

Lo había dicho asomando la cabeza por la puerta de la cocina un momento, y no muy fuerte, para que no me oyera la vieja sorda.

Pero Olga me lanzó un «¡calla, animal!», entre dientes y sin dejar de sonreír, para que la mujer no viera que me estaba riñendo.

No se dio cuenta, no, porque me sonrió con picardía y entornando los ojos desde su trono, soltó:

–¡Hacéis buena pareja, vosotros dos!

Y se echó a reír como si tuviera un ataque de hipo y hubiera cometido alguna travesura inconfesable.

Olga hizo como que no la oía. Pero yo pensé que tenía su gracia, la abuelita, porque jugaba a mi favor sin ella saberlo. Y le sonreí exageradamente desde la puerta, cosa que provocó que ella se pusiera a aplaudir con el mismo entusiasmo que lo haría un parvulito en un teatro de guiñol.

Me escondí de nuevo para acabar mi tarea con los cazos y paelas, que tenían grasa incrustada de cuando el Cid pegó el primer berrido, y pensé que aquella situación era grotesca.

Fregaba alimentando la esperanza de que, una vez acabara la limpieza, podríamos salir zumbando de aquel antro. Como todavía no habían dado las ocho cuando Olga terminó de cocinar la tortilla de la cena, se me ocurrió pensar que aún nos quedarían casi dos horas para estar solos. Pero de nuevo comprobé que la realidad tiene una rara y constante tendencia a contradecir mis deseos.

–¿Qué le parece si bajamos un ratito a dar una vuelta por la plaza, Victoria?

–¡Qué dices! –solté, alarmado–. ¡Si es tarde, ya ha anochecido!

–Ten en cuenta que desde anteayer esta pobre mujer no ha puesto los pies en la calle. ¿No ves que, si no la acompaña alguien, no puede bajar esa escalera?

Sí, el argumento era tan bondadoso como convincente. Y también estaba seguro de que la paciencia debe tener un límite, que la mía ya había sobrepasado. Pero parece que el amor, que todo lo trastoca, no solo es ciego como dicen, sino absolutamente cretino, porque no supe más que responder:

–Bien... como tú quieras...

La mujer, ilusionada, empezó a echarse encima bufandas, jerséis y abrigos para salir.

Y ahí nos tienes a los tres: primero, practicando ejercicios de equilibrio para bajar las escaleras a oscuras, sujetando por aquí y por allá para que la vieja no rodara por los peldaños, y, después, paseando a ritmo de tortuga artrítica por la plaza desierta, que nos

dieron casi las nueve aguantando una ventolera helada que levantaba el polvo y se nos metía en los ojos.

Quizá fue por eso, que no vi acercarse la sombra que se nos cruzó. La vieja, que debía de estar muy excitada por la tarde divertidísima que estábamos pasando, saludó al desconocido con un grito de felicidad que tuvo que oírse desde mi casa, en la otra punta de la ciudad.

—¿Qué, Ramón, a cenar?

El interpelado, en lugar de contestar, pasó por nuestro lado sin detenerse, y dibujó una sonrisa tétrica como una cicatriz siniestra, acompañada de un gruñido que puede que pretendiera ser un saludo. Me había llamado la atención que, al vernos, el hombre había cambiado de postura, esforzándose en sacar pecho y dándose unos aires de suficiencia ridículos que contrastaban con su indumentaria patética. Iba abrigado con una cazadora de piel negra gastada, llena de hebillas, como de motorista de película antigua, cuatro tallas mayor de la que necesitaba. En la cabeza, una boina le cubría la frente hasta las cejas, y arrastraba los pies, calzados con unas viejas pantuflas de andar por casa.

Mientras le veía alejarse del círculo de luz del farol donde nos habíamos cruzado, pensaba en aquella imagen chocante y observé que, cuando debió de pensar que ya no le mirábamos, hundió su cabeza entre los hombros con un gesto de abatimiento que, sin duda, había querido disimular unos momentos antes.

No dije nada, porque ya lo hizo Victoria:

—Pobre Ramón... Hace un par de años que se le murió la mujer, Amalía, y no parece que lo haya superado. No sabe estar solo, por más que intente simular entereza. Y tampoco es tan viejo, ¿eh?, no creáis. Pero apenas se relaciona con nadie y pasa muchos ratos hablando consigo mismo. Hacía tiempo que no le veía. Yo había tratado bastante con su difunta. Nos encontrábamos en el mercado muchas veces. Pero él no sale muy a menudo de casa. Qué pena, ¿no?

Estaba seguro de que aquella insinuación de culebrón dramático no podía dejar indiferente a Olga.

—¿Dice usted que vive solo ese señor, Victoria?

«¡Atención: peligro!», intuí. Mi cuerpo se tensó temiendo que Olga me ordenara echar a correr detrás del desconocido, para preguntarle si necesitaba compañía de la Asociación de Buenas Per-

sonas que ella misma parecía presidir. Mi cerebro se estaba acostumbrando a un estado de alerta constante al lado de aquella chica. Y la abuela remachó el clavo, como si hubiera hecho falta:

–Deberíais ir a verle, niña. Aunque intente disimularlo, necesita de alguien que le ayude, ¡pobre Ramón!

«Todo lo que va mal es susceptible de empeorar». La máxima cruzó mi mente para confirmar lo que ya había previsto inevitable. Y así sucedió.

–¿Sabe la dirección de este tal señor Ramón, Victoria?

–Vive por allí, detrás de esos bloques, en una de las casitas bajas. No sé el nombre de la calle, pero conozco la vivienda. Si venís mañana, podemos acercarnos a verle dando otro paseo.

–¡Mañana tenemos trabajo, Victoria!

Acababa de soltar un berrido en defensa propia que posiblemente oyeran los astronautas que viajan dando órbitas alrededor del planeta desde hace meses. Olga me miró y pareció que me daba la razón. Pero solo fue un espejismo momentáneo.

–Sí, mañana no podemos. Vendremos pasado mañana, Victoria. El martes por la tarde.

Lo que primero había parecido un triunfo, acababa de convertirse en una nueva condena: no, Olga no iría a visitarle al día siguiente, sino que acababa de decir que iríamos los dos –¡los dos!– pasado mañana, porque yo –¡hábil entre los hábiles!– me había incluido en la invitación al hablar en plural para esquivarla.

Eso significaba que yo era ya, de hecho, un «voluntario» de la Asociación de los Buenos Chicos que Renuncian a los Días de Fiesta. ¡Bravo!

No hay como estar enamorado para perder el sentido de la orientación y caer en los más absurdos agujeros negros.